

ANALISIS DE LAS ELECCIONES GENERALES DEL 28 DE OCTU- BRE DE 1982

por

JUAN DIEZ NICOLAS

Catedrático de Universidad

Introducción

Pocos días antes del 28 de octubre, fui invitado por el Club Siglo XXI a un almuerzo-coloquio para que expusiera mis ideas sobre los posibles resultados de las elecciones, ya que el propio Club me había ofrecido la oportunidad de *a posteriori* elaborar un análisis de los mismos, que es el objeto de mi intervención aquí y ahora.

Los que asistieron a dicho almuerzo recordarán que entonces afirmé que el riesgo de hacer pronósticos para estas elecciones era muy superior al de 1979, y ello por varias razones. En primer lugar, porque se había producido el desmoronamiento de un partido, y no de un partido cualquiera, sino precisamente el del Gobierno, lo cual alteraría profundamente el mapa electoral. En segundo lugar, porque mientras la oferta electoral de la izquierda era clara y unida, la de la derecha era confusa y dividida. Y en tercer lugar, a mí me resultaba aún más difícil porque, a diferencia de las elecciones de 1977 y 1979 en que tuve a mi cargo la responsabilidad de realizar las encuestas para el Presidente del Gobierno, en esta ocasión carecía de esa información directa y sólo contaba con los datos publicados en la prensa y conocidos de todos.

Aun así, y puesto que había estado trabajando por mi cuenta en la elaboración de simulaciones electorales basadas en diferentes hipótesis sobre cambios en el comportamiento electoral desde las últimas elecciones generales de 1979 y las regionales en Cataluña, País Vasco, Galicia y Andalucía, afirmé que, puesto que se esperaba de mí que "me mojara"

haciendo un pronóstico, lo haría para no ser acusado de precavido y de "reservón", aun sabiendo el riesgo que ello implicaba.

Pues bien, *errare humanum est*, y yo quiero comenzar esta intervención de hoy analizando los errores y aciertos (que también los hubo) de esa simulación convertida en pronóstico por la "presión social" de mis compañeros comensales y por mi propia debilidad.

Ante todo, una breve aclaración sobre la diferencia entre las encuestas y las simulaciones. En las encuestas se dispone de datos directos sobre las intenciones de voto de los electores, tal y como éstos los manifiestan a los entrevistadores. Si las encuestas están realizadas con muestras suficientemente representativas de la población, no cabe duda que pueden ser aceptadas como fiables, y por tanto pueden utilizarse para predecir los resultados electorales. Mi experiencia en las elecciones generales de 1977 y 1979, en las elecciones gallegas y en las andaluzas, así como en muchas otras ocasiones, me ha demostrado que uno debe fiarse de las encuestas bien hechas, pues en general se aproximan mucho a los resultados reales.

Las simulaciones electorales, por su parte, constituyen sólo hipótesis de trabajo para conocer qué repercusiones tendrán determinados supuestos iniciales. Naturalmente, las simulaciones no sólo permiten conocer las consecuencias que lógicamente se derivan de los supuestos iniciales, sino que se suelen utilizar para evaluar los efectos que se derivarían de ciertas causas antecedentes. En la medida en que los supuestos iniciales se alejen de la realidad, los resultados reales estarán desviados. Pero, vuelvo a insistir, lo importante de las simulaciones es el valor que tienen para formular estrategias, no para formular predicciones. Esa fue la razón que me impulsó a elaborar más de veinte hipótesis, cada una de las cuales partía de supuestos diferentes, lo que permitía deducir qué cambios se requerirían en los comportamientos electorales para que se produjeran ciertos resultados. Y en esto sí acerté plenamente, como recordarán quienes asistieron al almuerzo.

En efecto, en la discusión sobre si el PSOE obtendría o no mayoría absoluta de escaños, o si AP obtendría no más de 100 escaños, yo afirmé que todas las encuestas coincidían en

afirmar lo primero, aunque variasen bastante respecto a la segunda cuestión. Pero, dije entonces, los cambios que se requerían en el comportamiento electoral de los españoles respecto a pasadas elecciones para que se produjeran esos dos hechos eran, según las simulaciones, de tal magnitud, que eran difíciles de imaginar. Pues bien, eso es precisamente lo que ha ocurrido. Diez millones de electores por lo menos, casi la mitad del censo electoral, han variado su comportamiento electoral respecto al que tuvieron en 1979. Si esto no es un cambio extraordinario, difícil de imaginar, ya me dirán qué debe entenderse por cambio extraordinario.

Las simulaciones suelen partir de supuestos más o menos plausibles y, por tanto, tienden a ser algo más conservadoras que las encuestas, que carecen de ese condicionante. Por eso, las encuestas, en general, se han aproximado más a los resultados.

El error principal de la simulación que, bien a pesar mío, formulé como hipótesis más probable, fue el de estimar que el PSOE no alcanzaría la mayoría absoluta y AP no superaría los 100 escaños. Y ambos errores son consecuencia del supuesto relativo a la abstención, puesto que, mientras que todas las simulaciones se basaban en una abstención que oscilaba entre un ± 10 por ciento respecto a las últimas elecciones, la abstención real ha sido un 35 por ciento inferior a la de 1979. Y ha sido precisamente esa participación masiva e inesperada la que, al producirse, ha agudizado la bipolarización del electorado entre AP y PSOE, pues el elector que no pensaba votar, al ser espectador de la pugna electoral entre esos dos partidos, se ha visto impulsado a votar y a hacerlo precisamente en favor de uno y otro. Posiblemente, el conocimiento que el electorado ha tenido a través de los medios de comunicación de la bipolarización del voto ha sido *la profecía que se ha cumplido a sí misma*, al ser precisamente causa de esta bipolarización.

Otros supuestos, y muy especialmente los relativos a Cataluña, han contribuido bastante a la desviación de la simulación respecto a la realidad. No obstante, creo de justicia señalar también alguno de los aciertos de la simulación:

— El triunfo apabullante del PSOE (aun sin haber anticipado su mayoría absoluta).

— El crecimiento extraordinario de AP (aun sin haber pronosticado que pasaría de 100 escaños).

— El hundimiento electoral del Centro (que ha sido mayor que el esperado).

— La división del voto centrista en 2/3 para UCD y 1/3 para el CDS.

— El crecimiento del voto regionalista del PNV y de Convergencia.

— El hundimiento del PCE (aunque ha sido mayor que el esperado).

En realidad, puede afirmarse que se acertó en las tendencias fundamentales, pero no se previó toda la intensidad de estas tendencias. En cualquier caso, me felicito porque una vez más las encuestas de opinión han demostrado ser de gran utilidad, y considero como científico que de los errores se aprende tanto o más que de los aciertos, y yo al menos he obtenido una valiosa experiencia de la utilización de simulaciones, que han demostrado, a pesar de todo, ser más útiles de lo que algunos pensaban, lo que me animará a proseguir la tarea de mejorarlas mediante hipótesis cada vez más refinadas.

Pero pasemos a mi intervención de hoy que voy a dividir en tres partes: el análisis de los resultados en sí mismos; la interpretación de por qué se han producido; y el análisis de las consecuencias de estos resultados.

Los resultados electorales

Los resultados son ya suficientemente conocidos y han sido suficientemente comentados por otros, lo que me permite omitir cifras que en una exposición oral siempre son incómodas. Por ello, me limitaré a resaltar aquellos aspectos que en mi opinión son más significativos.

El electorado.— El primer dato que llama la atención es el número de electores. En efecto, el electorado sólo ha crecido en unos 50.000 desde 1979, lo cual constituye un dato sorprendente, puesto que, añadiendo al censo electoral de 1979 los nuevos electores que han alcanzado la mayoría de edad desde esa fecha, y eliminando los que han fallecido, cabría haber esperado un incremento del censo electoral de por lo menos 1 millón de personas. Al no haberse producido este

incremento, sólo caben dos explicaciones: o bien el censo de 1982 estaba infravalorado, o bien el de 1979 estaba sobreevaluado. Teniendo en cuenta que el censo electoral de 1982 se ha construido a partir del censo de población de marzo de 1981, creo que es razonable pensar que era el censo de 1979 el que estaba supervalorado por lo menos en un millón de electores.

La abstención.— Lo anterior tiene importancia respecto al cálculo de la abstención, en el sentido de que la drástica reducción que se observa de 3 millones respecto a 1979 posiblemente es exagerada, y de ser cierta la suposición respecto al error del censo electoral de 1979, habría que concluir que, en términos reales, la abstención sólo habría disminuido en unos 2 millones, cifra que en cualquier caso sigue siendo enormemente importante y significativa.

En todo caso, y sean cuales sean las magnitudes de censo electoral y abstención, el hecho incontrovertible es que en 1982 ha habido 2.800.000 votos válidos más que en 1979. Es decir, se ha producido un incremento extraordinario en la participación electoral.

La participación.— La movilización del electorado, casi comparable a la de un referéndum, tiene por lo menos dos explicaciones. En primer lugar, que el pueblo español no "pasa" de política, sino que cuando es necesario muestra sin lugar a dudas su interés por "la cosa pública". En segundo lugar, que la confrontación entre AP y PSOE fue suficientemente intensa como para movilizar al electorado hacia las urnas; si esta movilización extraordinaria ha sido motivada por ese hecho, es explicable que ese voto haya pretendido ser un voto útil, y que por tanto se haya dirigido hacia el PSOE o hacia AP.

Los jóvenes.— Y esto me lleva a formular una primera hipótesis explicativa que, lamentablemente, no puede ser fácilmente verificada. Mi opinión es que, en 1979, los nuevos electores, jóvenes de 18 a 21 años, que por primera vez tenían derecho a votar en unas elecciones generales (aunque ya lo hubieran hecho en el referéndum constitucional de diciembre de 1978), se abstuvieron en su mayor parte, como parecen haber demostrado diversas encuestas post-electorales. Su abstención de entonces era congruente con lo que

sucede en otras democracias occidentales, en el sentido de que los jóvenes han reivindicado su derecho a votar, pero luego no han ejercido su derecho. Posiblemente, en 1979, los jóvenes, que en general tienden más hacia la izquierda que hacia la derecha, consideraron que el partido del gobierno tenía bastante garantizada su victoria, al menos en escaños, y por tanto optaron en gran parte por no votar o votar a partidos de la izquierda extra-parlamentaria. Es importante recordar, a estos efectos, que en 1979 hubo alrededor de 1.800.000 votos a partidos de izquierda, aparte del PSOE y el PCE, mientras que en 1982, aunque todavía no se conocen las cifras exactas, esos votos no representan más de 800.000. En consecuencia, es muy probable que la disminución de la abstención se haya debido, en gran parte, a la mayor participación de los jóvenes, que en 1982 han tenido conciencia de que su voto podía dar la victoria, por primera vez, a la izquierda.

El cambio en el comportamiento electoral.— Otro hecho realmente importante de las elecciones de 1982 ha sido el extraordinario volumen de cambio que se ha experimentado en el comportamiento electoral de los españoles. En efecto, si en 1979 no llegó a 4 millones el número de electores que variaron su comportamiento electoral respecto a 1977, en 1982 por lo menos 10 millones de electores (casi un 40 por ciento del electorado) han variado su comportamiento electoral respecto a 1979.

Es impresionante observar que, con sólo 50.000 electores más que en 1979, AP haya ganado casi 4,5 millones de votos, que el PSOE haya ganado otros 4,5 millones, y que entre CDS y los partidos nacionalistas PNV y Convergencia hayan ganado otro millón largo de votos.

Contrariamente a lo que muchos habíamos supuesto al comparar las elecciones generales de 1977 y 1979, las actitudes políticas de los españoles no están todavía cristalizadas, sino que, más bien, parecen ser aún muy cambiantes. ¿Cómo, si no, puede explicarse que UCD, que en 1979 tuvo más de 6 millones de votantes, que tenía mayoría casi absoluta de diputados en el Congreso, mayoría absoluta en el Senado, más del 60 por ciento de todos los alcaldes y más de la mitad de todos los concejales de España, haya pasado en sólo tres años a obtener menos de millón y medio de votos y

sólo una docena de escaños en el Congreso? ¿Cómo explicar que un partido como el PCE, tan organizado y disciplinado, haya perdido más de la mitad de sus votos?

En 1979, de los 4 millones de electores que en términos netos variaron su comportamiento respecto a 1977, 3 millones lo hicieron en el sentido de no votar y sólo 1 millón cambió su voto. En 1982, de los 10 millones de electores que en términos netos variaron su comportamiento electoral respecto a 1979, 3 millones lo hicieron en el sentido de votar, pero 7 millones cambiaron su voto de un partido a otro.

¿Es éste ya el mapa electoral español, un mapa duradero para años? Me permito dudarlo, y en la última parte de esta intervención trataré de aducir las razones que me llevan a pensar así.

La bipolarización.— Volvamos a los resultados de 1982. Al examinar los votos a los diferentes partidos, surge con gran claridad la tendencia hacia la bipolarización del electorado. En efecto, y aunque los cálculos no pueden hacerse todavía con exactitud hasta que no se conozcan los votos a cada partido en cada circunscripción, puede estimarse que entre el PSOE y AP han obtenido el 75 por ciento de todos los votos válidos.

La tendencia a la bipolarización no ha sido ni mucho menos la característica de anteriores elecciones. En efecto, en 1977, los dos partidos mayoritarios (UCD y PSOE) obtuvieron el 63 por ciento de todos los votos válidos y el 65 por ciento en 1979, mientras que los dos partidos mayoritarios, PSOE y AP han logrado, como ya se ha dicho, un 75 por ciento en 1982.

Izquierda y derecha.— Muchos de los que se han asombrado por el triunfo espectacular de la izquierda en estas elecciones parecen haber olvidado que, en términos de votos, la izquierda ya había ganado las elecciones de 1979. En efecto, mientras que en 1977 la suma de todos los votos a partidos de centro y derecha fue alrededor de 1 millón de votos más que la suma de todos los correspondientes a partidos de izquierda, en 1979 la izquierda en su conjunto ya había obtenido medio millón de votos más que el centro y la derecha. En 1982, el conjunto de la izquierda ha obtenido casi cuatro millones de votos más que el centro y la derecha.

Concentración de votos y coaliciones.— Sé que algunos analistas afirman que las coaliciones favorecen la victoria, porque confunden coalición con concentración de votos. En efecto, es cierto que la victoria del PSOE en 1982 se debe, en buena parte, a que la mayoría de los votos de la izquierda han ido a este partido. Concretamente, el PSOE ha recibido en 1982 el 85 por ciento de todos los votos de izquierda, mientras que sólo obtuvo el 59 por ciento en 1979 y el 62 por ciento en 1977; en realidad, aunque la izquierda obtuvo mayoría de votos en 1979, la dispersión del voto en numerosos partidos provocó un resultado adverso.

Por el contrario, UCD, que había obtenido un 65 por ciento de todos los votos del centro y la derecha en 1977, logró aumentar hasta un 72 por ciento en 1979. Pero AP sólo ha logrado el 60 por ciento de todos los votos de centro y derecha en 1982.

Ante estos hechos algunos saltan rápidamente a conclusiones que no son teórica ni empíricamente válidas, aunque reconozco que pueden ser políticamente instrumentales para los intereses particulares de sus defensores. En efecto, algunos de los que han defendido la Gran Derecha o la Mayoría Natural concluirán que el PSOE ha ganado porque el voto de la izquierda se ha unido en lugar de dispersarse, y que la derecha y el centro han perdido porque sus votos se han dispersado. El argumento parece razonable a primera vista, y sin embargo es falso.

Una cosa es que los votantes decidan respaldar a una fuerza política concreta, lo que implica una cierta unidad del voto en torno a esa fuerza política, y otra cosa distinta es que se pretenda forzar artificialmente esa unidad del voto mediante la coalición de diversas fuerzas políticas.

En efecto, en 1979 el PSOE sólo obtuvo el 59 por ciento de todos los votos de izquierda, y en 1982 ha obtenido el 85 por ciento, lo que le ha permitido ganar las elecciones por abrumadora mayoría. Pero el PSOE ha logrado concentrar el voto de izquierda en torno suyo sin hacer coalición con el PCE o con otros partidos de izquierda. Son los votantes los que han decidido agruparse a favor del PSOE, y no los partidos de izquierda. Más bien al contrario, es muy probable que si el PSOE hubiera constituido Mayoría Natural con el PCE o la Gran Izquierda, a estas alturas sus resulta-

dos habrían sido bastante peores. De la misma forma, UCD logró sus mejores resultados en 1979 sin necesidad de constituir la Gran Derecha con Coalición Democrática. En esa fecha obtuvo, como he dicho, el 72 por ciento de todos los votos del centro y la derecha. AP, en 1982, y a pesar de su gran crecimiento por el que merecen toda clase de felicitaciones, sólo ha obtenido el 60 por ciento de todos los votos del centro y la derecha. De creer en la magia de las coaliciones para obtener el favor de los votantes, no debería haber razón para pararse en una coalición AP-UCD. Se podría también haber pensado en una coalición FN-AP-UCD-CDS, que por supuesto habría obtenido el 100 por cien, o poco menos, de todos los votos del centro y la derecha. Pero, ¿cuántos votos serían todos? No olvidemos que el 50 por ciento de 3 millones es más que el 100 por cien de 1 millón, aunque algunos pretendan olvidarlo, o hacérselo olvidar.

Lo importante, por tanto, es que los votantes decidan agruparse en torno a una opción política, como ha ocurrido con el PSOE en 1982 o con UCD en 1979, y no que algunos líderes decidan formar coaliciones que, a veces, no sólo no sumarán los votos que cada uno obtendría por separado, sino que lograrán una cifra total inferior a aquélla.

Es cierto que, a veces, el todo puede ser mayor que la suma de sus partes; pero en otras ocasiones, el todo puede ser menor que la suma de sus partes. En política no todo es cuestión de aritmética, sino de percepción e interpretación de la realidad por parte de quienes han de tomar las decisiones; y el voto es una toma de decisión.

De otra parte, resulta curioso señalar, por si alguno no se ha percatado de ello, que la suma de los votos de AP y UCD en 1982 es inferior a la suma de los votos de estos dos partidos en 1979. Pero la suma de los votos de AP, UCD y CDS en 1982 supera en 200.000 votos a la suma de AP y UCD en 1979. Y sin embargo, a pesar de ese incremento, pequeño, pero incremento en cualquier caso, de los votos del centro y la derecha, su peso relativo respecto al total de votos ha sido muy inferior al de 1979. La explicación ya ha sido señalada: se debe al enorme crecimiento, absoluto y relativo, de la izquierda, y muy especialmente del PSOE, ya que el PCE ha perdido casi un millón de votos, que representan más de la mitad de los obtenidos.

Los partidos.— El gran triunfador de las elecciones de 1982, por tanto, ha sido el PSOE. EL PSOE ha obtenido la mayoría absoluta o relativa de votos en 41 de las 52 circunscripciones. Ha logrado mayoría absoluta de escaños en todas las comunidades autónomas o pre-autonómicas a excepción del País Vasco. Ha logrado no sólo la mayoría relativa de votos y absoluta de escaños en el conjunto nacional, sino también la cifra más alta de votos y escaños obtenida por ningún otro partido en las tres elecciones generales celebradas hasta la fecha. Otro gran triunfador ha sido, sin lugar a dudas, AP, que ha obtenido el crecimiento relativo más alto desde las elecciones de 1979, más del 400 por ciento en el conjunto de España. Sin embargo, ha obtenido 700.000 votos menos que UCD en 1979. UCD ha sido el gran perdedor, como ya se ha dicho. Su pérdida ha sido de casi 5 millones de votos, equivalente a más del 70 por ciento de los votos obtenidos en 1979. Aun sumándole los votos obtenidos por el CDS, su pérdida habría sido del 68 por ciento respecto a 1979.

Otro gran perdedor ha sido el PCE, que ha sufrido, como UCD, las consecuencias de su falta de unidad interna.

El CDS no ha logrado despegar. Sea por la falta de tiempo o por la falta de financiación, o por ambos factores a la vez, el hecho cierto es que sólo han logrado algo menos de 600.000 votos.

Los partidos regionalistas, PNV y CiU, han crecido conjuntamente casi medio millón de votos, lo que representa un aumento de más del 60 por ciento respecto a 1979.

Y el resto de los partidos ha perdido más de un millón de votos desde 1979, lo que equivale a una disminución aproximada del 50 por ciento, demostrando así la pérdida de importancia de estos partidos, no sólo en términos relativos, sino también absolutos. El nuevo Congreso de los Diputados ya no contará con la presencia de Unión Nacional, Unión del Pueblo Canario y Partido Socialista Andaluz, mientras que la representación de Herri Batasuna, Euskadiko Ezquerria o Ezquerria Republicana será inferior a la anterior. El electorado ha preferido, en esta ocasión, concentrar sus votos en menos partidos, y ha provocado la bipolarización.

Las posibles coaliciones.— Quisiera añadir, porque alguno puede todavía albergar alguna duda, que si AP y UCD

hubiesen ido en coalición, y hubiesen obtenido el total de votos que han tenido por separado, el PSOE habría seguido teniendo mayoría absoluta de escaños, 188, y la coalición sólo habría logrado 131 escaños; y en el supuesto de que AP, UCD y CDS hubiesen concurrido en coalición, el PSOE habría obtenido 183 escaños y la coalición 138. Es decir, la situación global no habría cambiado, aunque, justo es decirlo, una oposición de ese peso habría sido más incómoda para el PSOE. Pero la cuestión es la de si esas coaliciones no habrían perdido parte de sus votos precisamente como consecuencia de la coalición.

Para finalizar con este análisis de resultados, habría que explicar de dónde proceden los votos que han ganado algunos partidos, y a dónde se han dirigido los votos que otros han perdido. La cuestión es imposible de contestar por el momento, puesto que sólo conocemos los saldos netos de votos de cada partido, pero desconocemos los flujos componentes de esos saldos. Algunos analistas han resuelto la cuestión mediante la "cuenta de la vieja", y han dicho, por ejemplo: los casi cinco millones de votos perdidos por UCD se han repartido entre AP (4,5 millones) y CDS (0,5 millones); los cuatro millones y medio de votos que ha ganado el PSOE proceden del PCE (1 millón), de los nuevos votantes (3 millones) y de otros partidos (0,5 millones).

Sin embargo, resulta difícil imaginar que todos los nuevos votantes hayan votado al PSOE. Parece razonable creer que buena parte de esos nuevos votantes hayan optado por AP, lo que implica que AP no se ha llevado todos los votos perdidos por UCD, sino que una parte importante de éstos tiene que haberse dirigido hacia el PSOE. Pero habrá que esperar a las encuestas post-electorales para verificar esta hipótesis.

Trataré ahora de exponer mi interpretación personal de por qué se han producido estos resultados y, posteriormente, señalaré las consecuencias que estos resultados electorales parecen implicar de cara al futuro.

Las causas del triunfo socialista

No creo decir nada original si afirmo que el PSOE ha triunfado como consecuencia de sus propios aciertos y de los errores de los demás, en este caso UCD y, con menor signifi-

cación, el PCE. Pero recordemos algunos hechos, aunque sólo sea para contrarrestar algunas interpretaciones que se han ido propagando en estos últimos años y que, en mi opinión, han sido el origen de lo que ha ocurrido.

Ideología del electorado.— Lo he reiterado en múltiples ocasiones: el electorado español se ha ido desplazando progresiva e ininterrumpidamente hacia el centro izquierda. Antes de las elecciones de 1977, la mayoría de los españoles se situaba en el centro de la escala de ideología, y proporciones más o menos iguales se situaban en las posiciones de derecha o de izquierda. La oferta electoral de UCD en 1977 coincidía pues plenamente con el perfil ideológico del electorado.

Entre 1977 y 1979, el electorado fue desplazándose poco a poco hacia la izquierda (aunque con disminución simultánea de la extrema izquierda). El centro continuó siendo la oposición mayoritaria, pero la izquierda pasó a tener un peso triple que la derecha, siendo perfectamente observable el continuado crecimiento del centro-izquierda. La oferta electoral de UCD todavía se acomodaba a ese perfil ideológico de centro y centro-izquierda, pero el PSOE había ya moderado su oferta electoral acercándose a un espacio de centro-izquierda. EN 1979 gana las elecciones UCD, pero recuérdese, como antes señalé, que el conjunto de partidos de izquierda obtuvo medio millón de votos más que el conjunto de los partidos de centro y derecha.

Desde las elecciones de 1979, el centro izquierda crece aún más deprisa, y desde comienzos de 1981, cuando la dimisión de Suárez, el centro-izquierda sobrepasa ya a la posición de centro, y ese perfil del electorado se ha mantenido hasta la fecha. La oferta electoral de UCD desde 1981 parece haber sido cada vez más de centro y centro-derecha, es decir, se ha desplazado en dirección opuesta al electorado. Por el contrario, la oferta electoral del PSOE se ha ido moderando progresivamente, acercándose a esa posición de centro-izquierda. El resultado fue el que presenciamos el 28 de octubre.

Este hecho era conocido por todos los que nos dedicamos a la investigación social, pero por razones inexplicables, y a pesar de que la tendencia era clara e inequívoca desde 1978, y sobre todo desde 1980, muchos líderes centristas optaron por desconocerla o por no tomarla en consideración. Por el

contrario, es evidente que el PSOE, que no disponía de mejor información o de mejores analistas, acertó al aproximar su oferta electoral al perfil ideológico del electorado, es decir, a la zona moderada del centro izquierda.

Las intenciones de voto.— La intención de voto detectada por las encuestas a lo largo de estos cinco años ha sido congruente con la evolución de la escala de ideología y, desde luego, con los resultados electorales.

En efecto, en las elecciones de 1977 UCD logró el 27 por ciento de votos sobre el total de electores, frente al 23 por ciento del PSOE. Entre las elecciones de 1977 y 1979, el PSOE mantuvo una intención de voto entre el 20 por ciento y el 25 por ciento, mientras que UCD disminuyó hasta sólo un 15 sobre el electorado a mediados de 1978, recuperándose a finales de ese año. Cuando se convocaron las elecciones, a principios de 1979, UCD ya tenía una intención de voto superior al PSOE, y en las elecciones de ese año volvió a ganar por una diferencia de 23 por ciento a 21 por ciento.

Desde las elecciones de 1979, el PSOE mantuvo una intención de voto superior a UCD que fluctuaba en torno al 25 por ciento del electorado, acercándose al 30 por ciento en la primavera de 1982 y llegando incluso al 35 por ciento poco antes de las elecciones de octubre, para lograr finalmente un 37 por ciento de votos sobre el electorado. Por su parte, UCD vio reducidas sus intenciones de voto desde marzo de 1979: a un 16 por ciento en la primavera de 1980, a un 13 por ciento a comienzos de 1981, a un 10 por ciento en la primavera de 1982, a un 6 por ciento poco antes de las elecciones, logrando finalmente sólo un 5 por ciento de los electores.

Debe señalarse igualmente que AP, que desde 1977 obtenía entre un 4 por ciento y 5 por ciento de las intenciones de voto según las encuestas, aumentó ya hasta un 9 por ciento en la primavera de 1982, a un 12 por ciento en las encuestas pre-electorales, logrando finalmente un 21 por ciento sobre el total de electores en las pasadas elecciones.

Y el PCE, que siempre oscilaba en las encuestas entre un 6-7 por ciento del total de electores, bajó hasta un 3 por ciento desde finales de 1981, proporción que es igual a la que ha obtenido en las elecciones de octubre.

Como se puede comprobar, no hay magia ni sorpresas. El

examen de las intenciones de voto cuando se dispone de encuestas fiables mensuales o bimensuales permitía conocer perfectamente la evolución del electorado y anticipar, al menos a grandes rasgos, el resultado de cualquier confrontación electoral.

La evolución de los partidos.— UCD ganó las elecciones de 1977 y de 1979, así como las municipales, entre otras razones, porque la imagen que supo transmitir coincidía básicamente con la posición mayoritaria del electorado, según se podía comprobar en la escala de ideología. A partir de las elecciones de 1979, sin embargo, UCD debió haber elegido entre dos opciones. La primera habría sido la de acentuar su carácter progresista y reformista, de manera inequívoca, para atraerse al electorado de centro izquierda que, por diversas razones, no se encuadraba en el PSOE e incluso para atraerse al sector más moderado del PSOE. Esta opción habría significado, sin lugar a dudas, la pérdida de importantes sectores de su electorado, más conservadores, que probablemente habrían abandonado al partido para incorporarse a AP o constituir algún nuevo partido de centro derecha. La otra opción era la inversa, la de acentuar su carácter conservador, acercándose e incluso coaligándose con AP, lo que habría implicado el desgajamiento del sector más progresista y reformista, que se habría podido constituir como partido de centro izquierda.

La ruptura controlada de UCD, de cualquiera de estas dos formas, habría tenido con bastante probabilidad las siguientes consecuencias:

1) Se habría impedido el avance del PSOE hacia el centro izquierda, y por tanto se habría podido controlar, a través de esos dos partidos, un sector mucho más amplio del electorado.

2) Se habrían evitado las continuas confrontaciones internas entre el sector progresista y el sector conservador de UCD, que han sido el deplorable espectáculo permanente que han ofrecido a su electorado especialmente desde mediados de 1980. Ni que decir tiene que esas confrontaciones han sido alentadas y favorecidas desde AP y PSOE por razones evidentes.

La decisión de dividir el partido de cualquiera de las dos formas antes descritas pudo haberse tomado en 1980,

cuando la pugna por la elección de portavoz parlamentario en el Congreso evidenció las graves confrontaciones internas del partido. Pudo haberse tomado en el II Congreso del partido celebrado en Palma en febrero de 1981. Pudo haberse tomado en diciembre de 1982, cuando Calvo Sotelo se hizo con la presidencia del partido. Y pudo haberse tomado en la reunión del Consejo Político de julio de 1982 en la que Landelino Lavilla se convirtió en presidente de UCD. Pero los líderes de UCD siguieron aferrados a la idea de defender un partido de centro amplio que abarcara desde las posiciones más conservadoras hasta las social-demócratas, tratando inútilmente de conciliar lo inconciliable, y perpetuar el esquema de partidos surgido de las elecciones de 1977 y 1979. Por no querer perder una parte, se ha perdido el todo.

En efecto, el electorado de UCD asistió asombrado a las continuas confrontaciones públicas entre sus líderes y asistió cada vez más confundido a las proclamaciones de conservadurismo, centrismo puro o progresismo que se emitían desde los centros rectores. UCD pudo haber mantenido una imagen de partido conservador o de partido progresista, pero en esas condiciones era imposible tratar de defender estas dos nuevas caras de Jano. Por eso, UCD, que comenzó perdiendo seguidores por su izquierda, continuó perdiéndolos también por su derecha, hasta perder un 77 por ciento de su electorado de 1979.

Por otra parte, las continuas críticas y descalificaciones al presidente Suárez, que había encauzado la idea de centro, y que fueron diarias desde comienzos de 1980 hasta su dimisión en febrero de 1981, no sólo contribuyeron a provocar la caída del líder del partido, sino que contribuyeron decisivamente al derrumbamiento del partido mismo. Muchos comentaristas han calificado el denominado "acoso y derribo" de Suárez como la acción políticamente más irresponsable y suicida que haya cometido ningún partido democrático en el poder. Porque se podría haber efectuado la sustitución de Suárez, pero por otros medios que no hubiesen provocado simultáneamente la demolición de UCD. Es posible que algún día sepamos quiénes, y por qué, llevaron a cabo tan metódica e implacablemente la destrucción de UCD, llegando incluso a contribuir, por acción u

omisión, no sólo a la sustitución de un presidente, sino a las derrotas electorales en Galicia y Andalucía, y finalmente, a la debacle de 1982. Yo debo decir, como sociólogo, que cada vez creo menos en la casualidad histórica, y más en la causalidad.

Por supuesto que los conflictos internos de UCD no han sido la única causa de su fracaso electoral, pero es sin duda la más visible y la que más puede haber influido sobre el electorado. Pero ha habido otras causas, como la crisis económica, manifestada fundamentalmente en la inflación y el paro, de las que, con más o menos razón, se ha responsabilizado al partido en el gobierno, como ha sucedido en casi todas las democracias occidentales, fuese cual fuese el color del partido gobernante. Cuando las cosas van mal, la opinión pública responsabiliza al gobierno y pide cambio, de igual forma que, cuando van bien, prefiere no cambiar por si acaso.

El PSOE, por su parte, ha seguido una estrategia realmente brillante, se esté o no de acuerdo con su programa ideológico y electoral. No sólo ha mantenido más o menos inalterable una intención de voto de alrededor del 25 por ciento del electorado, sino que, sobre todo desde la reelección de Felipe González a raíz de su dimisión, ha seguido una línea inflexible de moderación, de aproximación continua al electorado de centro-izquierda, que es donde estaban la mayor parte de los votos. Su estrategia ha sido congruente con la evolución del electorado. Todo parece indicar que han sabido aprovechar mejor los análisis sociológicos sobre el electorado español.

Por otra parte, han conseguido mantener la unidad del partido, combinando democracia y disciplina interna y respaldando en todo momento a su líder.

Bien es verdad que el PSOE se ha beneficiado de hechos externos a él, como la crisis continua de UCD y la crisis del PCE. Ello ha permitido a este partido disfrutar de unas condiciones inmejorables, ya que al no verse acosado ni por la derecha ni por la izquierda ha podido desplazarse hacia su derecha, hacia la moderación del centro izquierda, sin verse inquietado por su izquierda radical, ya que la crisis del PCE impedía fugas hacia ese partido.

Pero el PSOE ha realizado además un trabajo conti-

nuado de oposición seria, y ha demostrado disponer de un equipo dirigente disciplinado y unido, y capaz por lo menos de ejercer la crítica a la labor de gobierno. Ahora les corresponde, bien es verdad, demostrar que también son capaces de ejercer la labor de gobierno. Aunque, no lo olvidemos, el PSOE ya ha tenido responsabilidades de gobierno a nivel de ayuntamientos y de alguna comunidad autónoma, y, según las encuestas, parece que la opinión pública ha evaluado bastante positivamente la labor del PSOE en los ayuntamientos. Es bien sabido, como decimos los sociólogos, que para que un hecho social tenga consecuencias reales no es preciso que sea real, sino que basta con que se tome como real. Por ello, es hasta cierto punto irrelevante si la actuación del PSOE ha sido buena o no; el hecho cierto es que la imagen pública de su actuación al frente de los ayuntamientos ha sido positiva.

En todo caso, el PSOE ha logrado implantarse en un espacio político amplio, y se encuentra en una situación semejante o incluso mejor que UCD en 1979. En efecto, en 1979, UCD ocupaba un amplio espacio político que iba desde la derecha conservadora hasta la social-democracia; en 1982 el PSOE ocupa un amplio espacio que abarca desde la social-democracia más moderada hasta el socialismo marxista. En la UCD de 1979 predominaba el ala progresista y reformista más próxima al centro y centro izquierda y se ocultaba estratégicamente a los más conservadores; en el PSOE de 1982 predomina el ala moderada social-demócrata más próxima al centro y centro izquierda, y se oculta estratégicamente a los más radicalmente izquierdistas. En la UCD de 1979 había un líder arrollador, Suárez; en el PSOE de 1982 hay un líder arrollador, Felipe González. La UCD de 1979 no tenía nada que temer por su derecha, pues AP estaba desmoronada, lo que permitía inclinarse hacia el centro izquierda; el PSOE de 1982 no tiene nada que temer por su izquierda, pues el PCE está desmoronado, lo que le permite inclinarse hacia el centro izquierda.

En otras palabras, tanto en 1979 como en 1982 el electorado español ha votado por la consolidación de la democracia y por el cambio moderado. Sólo que en 1979 fue UCD quien acertó a lograr la confianza de que realizaría cambios sin sobresaltos, y en 1982 el electorado ha negado esa con-

fianza a UCD y se la ha concedido al moderado programa de cambios que ofrece el PSOE.

En cuanto a AP, es cierto que los resultados de 1979 no reflejaron adecuadamente la realidad, pues la derecha española era algo más que nueve escaños. Pero no es menos cierto que en aquellas fechas muchos líderes políticos y gran número de electores no deseaban ser considerados como de derechas, aunque lo eran, y por ello buscaron un camuflaje adecuado en UCD. Pero, desde la aprobación de la Constitución, y una vez comprobado que la transición se había llevado a cabo sin mayores sobresaltos, los sectores tradicionales de la derecha decidieron que había que reconducir a UCD y su electorado hacia su posición "natural" en la derecha, es decir, hacia AP. Para lo cual, desde AP y desde dentro de la propia UCD se montó una estrategia, que ha tenido éxito, para recuperar el voto de la derecha.

Es justo reconocer que el tesón de Fraga y el ímpetu y nueva imagen de AP que ha logrado alguno de sus más jóvenes y directos colaboradores han tenido adecuada recompensa. Como antes decía respecto al PSOE, el abrumador crecimiento de AP en 1982 se debe, no sólo a los errores de UCD, sino a los propios aciertos que les llevaron primero a triunfar en las elecciones gallegas y a unos óptimos e inesperados resultados en las elecciones andaluzas, para culminar con un crecimiento superior al 400 por ciento en las elecciones de 1982. Sin que ello signifique ningún intento de minusvalorar su éxito, y aunque admito que pueda equivocarme, creo sin embargo que AP, posiblemente, ha "tocado techo" con los resultados de 1982. Es cierto, y posiblemente no ha sido suficientemente destacado, que AP ha logrado en 1982 más votos que el PSOE en 1979, pero, aunque lograrse incorporar los votos de UCD y CDS en 1982, lo cual es difícil de imaginar, todavía estaría a casi 2,5 millones de votos de distancia del PSOE.

En cuanto al PCE, poco hay que añadir a lo que ya se ha dicho, salvo que, posiblemente su estrategia de moderación, que sido buena para la construcción del nuevo Estado, ha sido negativa para sus posibilidades electorales, pues, para la izquierda moderada, el PSOE estaba mejor situado. Es también posible que la ausencia de cambio en el liderazgo, producido tardíamente, haya transmitido una imagen

pública de anquilosamiento poco acorde con los deseos manifiestos de cambio del electorado español.

Y del CDS poco se puede decir todavía; es pronto incluso para saber si logrará subsistir como fuerza política con suficiente respaldo electoral. Sus resultados de 1982 no pueden ser tomados como significativos, pues su aparición en la escena política no sólo fue tardía, sino que se produjo cuando gran parte del electorado ya estaba más o menos orientada hacia el PSOE o hacia AP. En todo caso, no debe pasarse por alto que en Madrid consiguió más votos que UCD. Ese dato parece poner de relieve, como ya se ha dicho, que el CDS es todavía sólo un líder muy grande con un partido muy pequeño. Respecto a los partidos regionales, los resultados de 1982 parecen confirmar la impresión de que, a excepción del PNV y Convergencia, están llamados a disminuir e incluso a desaparecer.

Algunas consideraciones finales

Un análisis de lo que pueda ser el futuro político de España requeriría por lo menos otra conferencia, y pienso que ya he abusado en exceso de su atención. Sin embargo, parece también obligado aventurar algunas consideraciones sobre el curso que pueden tomar los acontecimientos.

En primer lugar, y debido a la amplia mayoría que ha logrado el PSOE, tendrá no sólo la posibilidad de ejercer el poder en solitario, sino que simultáneamente ha adquirido también la responsabilidad exclusiva de hacerlo. Es previsible que el PSOE sufra el desgaste del poder, aunque sea evidente que goza de un amplio margen de votos respecto al principal partido de la oposición.

No obstante, es también previsible que el PCE varíe su estrategia política hacia posiciones más radicales, lo que puede constituir una amenaza para el PSOE, especialmente en el área sindical, en el sentido de que éste pueda perder votos por su ala izquierda si lleva a cabo la política de moderación que estableció en su programa electoral.

Pero sólo si existe una fuerza política a la derecha del PSOE que adquiera suficiente capacidad de atracción sobre el electorado tendrá el PSOE que temer pérdidas por su ala derecha. Y esa fuerza política no parece que pueda ser AP. Resulta difícil pensar que AP pueda ganar votos que pierda

el PSOE. Por consiguiente, creo que en el próximo futuro asistiremos al relanzamiento de una nueva fuerza política de centro que compita con el PSOE por su flanco derecho. Esa fuerza política de centro, sin embargo, tampoco parece que pueda ser UCD, y ello por varias razones. En primer lugar, porque su imagen ha quedado, lamentablemente, muy deteriorada. En segundo lugar, porque la última imagen pública de UCD ha sido la de un partido bastante inclinado hacia su derecha y, a pesar de que sus líderes se hayan empeñado en la difícil tarea de diferenciarse de AP, lo cierto es que sus dudas continuas sobre si aliarse o no con AP, antes y después de las elecciones, parecen más bien transmitir la idea de que su decisión de presentarse solos a las elecciones se ha debido más a razones de estrategia electoral que a diferencias ideológicas. Y todavía desconocemos cuál será la decisión última de este partido respecto a incorporarse o no a AP.

Tal y como ahora están las cosas, con un PSP desaparecido ya antes de las elecciones de 1979 por su incorporación al PSOE, y con un PAD también incorporado al PSOE, parece que el único partido que podría intentar mantener viva la idea del centro es el CDS. Este partido está adecuadamente posicionado en el espectro ideológico y cuenta con un líder que continúa teniendo bastante "garra" electoral. Sin pretensiones de convertirse en un gran partido mayoritario, el CDS podría intentar, sin embargo, crecer para convertirse en un tercer partido que sirviese de equilibrio entre los dos grandes de la derecha y de la izquierda.

En todo caso, sea el CDS, la UCD o cualquier otro partido, pienso que existen posibilidades para un partido de centro que aglutine a quienes, estando por razones históricas encuadrados en UCD y PSOE, tienen sin embargo más en común entre sí que con importantes y tradicionales sectores de sus respectivos partidos. Es hora ya de reconocer el papel de los moderados, de los electores de centro, en el establecimiento y posterior desarrollo de la democracia. Porque han sido los moderados del centro quienes, bajo la etiqueta de progresistas y reformistas en UCD, han "tirado" de la derecha española para aproximarla al centro e impedir el involucionismo y el inmovilismo. Y han sido los moderados en el PSOE quienes, bajo la etiqueta de socialdemó-

cratas y moderados, han "tirado" de la izquierda española para aproximarla al centro e impedir aventuras revolucionarias.

Probablemente, el verdadero centro en España no ha sido UCD; ha estado en UCD, como lo está también en el PSOE. Y puede que ese centro sociológico real, algún día, acabe por constituirse en fuerza política diferenciada, cuando la derecha y la izquierda tradicionales no necesiten que se "tire" de ellas hacia el centro y la moderación. Esa fuerza política de centro tendrá que lograr credibilidad como partido progresista y reformista, especialmente preparado para hacer la reforma social y económica, puesto que la reforma política de centro deberá procurar no caer en los mismos errores y contradicciones que UCD, y ello implica saber combinar liderazgo con participación social, democracia interna con disciplina interna, pragmatismo con utopía. Por ello, no creo que la solución pueda ser la de una federación de partidos de centro, sino la de un partido que tenga identidad propia y sepa transmitir de sí mismo una imagen clara referente a su ideario político y, sobre todo, suficientemente diferenciada de la derecha y de la izquierda.

Si mis análisis desde 1978 me han llevado al convencimiento de que el pueblo español está mayoritariamente en una posición de centro izquierda, los resultados de 1982 no hacen sino confirmarme en esa creencia. El electorado español ha huido de los extremismos de derecha o izquierda y ha optado por la moderación; progresivamente se ha alejado también de los partidos regionalistas para favorecer a los nacionales de izquierda o derecha. Y ha abandonado al centro cuando éste se abandonó a sí mismo, cuando el centro perdió su identidad y presentó una imagen confusa y contradictoria. El electorado español prefirió, en 1982, a los partidos que supieron transmitir una imagen clara, sincera e inequívoca de sí mismos. Por eso, no parecen muy justificadas las alusiones recientes, desde los órganos rectores de UCD, a quienes abandonaron recientemente el partido. Posiblemente no se trate tanto de que ciertos militantes y electores hayan abandonado el partido, como de que el partido ha abandonado a una parte importante de su electorado. Habrá que preguntarse quiénes han sido realmente

los que han traicionado la idea del centro, si los que, frustrados por la actuación de sus líderes prefirieron abandonar el partido, o quienes han intentado instrumentar a las masas electorales progresistas y reformistas para ponerlas al servicio de los intereses tradicionales de la derecha.

Y quisiera terminar con una referencia a un trabajo mío de hace algunos años. En 1971, al realizar los ejercicios de oposición para acceder a la cátedra, presenté como lección magistral un trabajo sobre "El científico y el intelectual en la sociedad industrial". En este trabajo, y al referirme al papel de los intelectuales en la política activa, citaba yo a Fougeyrollas cuando afirmaba que "el intelectual, si se vincula sin reservas a una causa, se encontrará en camino de traicionar las exigencias de verdad y universalidad que son consustanciales a él. Si retorna a la libertad después de un tiempo de vinculación, se le tendrá como renegado por los censores de la política. Si se niega, por último, a toda vinculación y a todo compromiso, se le tachará de asexualidad cívica. Pero entre la torre de marfil de la especialización y el ingreso en la religión política como militante, el intelectual tiene otras opciones, como la de desempeñar, en política, el papel de experto".

Modestamente, quiero dejar aquí constancia de que esa última ha sido mi opción personal, meditada largamente, que adopté y llevé a la práctica el pasado mes de agosto.

(2 de noviembre de 1982)